



BOLETÍN INFORMATIVO DE LA ADORACIÓN NOCTURNA ESPAÑOLA

Consejo Diocesano de Mondoñedo-Ferrol
Nº 19, abril-junio de 2010

1. ADORAR EN HUMILDAD

El apóstol Santiago nos recuerda: “Dios resiste a los soberbios y da su gracia a los humildes” (St 4,6). Es una norma constante e invariable en la relación del hombre con Dios. La morada que le sienta bien al hombre es la humildad; cuando se sale de ella se constituye en rival de Dios, se levanta contra Dios e intenta de algún modo ocupar el sitio de Dios y arrebatarle la gloria que sólo a Él corresponde. Cuando el hombre no se presenta ante Dios en humildad, nada de lo que diga o haga será grato a Dios. Si no somos verdaderamente humildes ninguna forma de adorar al Señor, ni de postrarnos ante Él, ni de confesarle le será grata. Se cumple en definitiva lo que dijo el Señor: “El que se ensalce, será humillado; y el que se humilla será ensalzado” (Mt 23,12).

Pero ¿quién es humilde y cómo saberlo? Nada mejor que escuchar lo que nos dice el Espíritu por medio de la Palabra revelada para reconocer dónde está o dónde falta la humildad:

- Humilde es el que acepta que no es nada por sí mismo: “Si alguno se imagina ser algo, no siendo nada, se engaña a sí mismo” (Gal. 6,3). Y al mismo tiempo acepta sin reservas que ha recibido de Dios todo lo que en él tiene algún valor: “¿Qué tienes que no lo hayas recibido? Y si lo has recibido, ¿a qué gloriarte cual si no lo hubieras recibido?” (1 Co 4,7).
- Humilde es el que, reconociéndose pecador ante Dios, se estremece y anonada ante su presencia como Isaías que, al contemplar su gloria, exclama: “¡Ay de mí, que estoy perdido [...] que al Rey y Señor todopoderoso han visto mis ojos!” (Is 6,5). O como Pedro, que al tomar conciencia de quién es Jesús, “cayó de rodillas diciendo: ‘Aléjate de mí, Señor, que soy un hombre pecador’” (Lc 5,8).
- Humilde es aquel que se ha mirado en el espejo de Dios, es capaz de admitir la visión que de sí mismo se refleja en tan fiel espejo y camina a partir de entonces ante Dios, ante los hombres y ante sí mismo de la mano de la verdad que se le ha mostrado. Con los pies en el suelo y alabando la misericordia de Dios con el vocabulario completo de la alabanza.

La humildad es la credencial que necesitamos presentar ante el Señor, si queremos acercarnos a Él, y el pilar fundamental que sostiene nuestra relación con Dios. Dice el

Espíritu: “Se te ha declarado, oh hombre, lo que es bueno, lo que el Señor reclama de ti: tan sólo respetar el derecho, amar la fidelidad y obedecer humildemente a tu Dios” (Miq. 6,8).

Veamos ahora cómo valora Dios la humildad:

- A Dios le agrada estar al lado de los humildes: “En lo excelso y sagrado Yo moro, y estoy también con el humillado y abatido de espíritu, para avivar el espíritu de los abatidos, para avivar el ánimo de los humillados” (Is 57,15).
- Dios bendice al humilde con toda clase de bendiciones: “Premio de la humildad, el temor del Señor, la riqueza, el honor y la vida” (Pr 22,4).
- Y el Señor nos invita a fijarnos en Él para aprender la humildad: “Aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón” (Mt 11,29).

**+Manuel Sánchez Monge,
Obispo de Mondoñedo-Ferrol**

2. TEMA DE REFLEXIÓN DE ABRIL

”Señor mío, y Dios mío”.

Tus llagas tocó Tomás
Yo no las veo.
Dios y Señor mío,
Con él te confieso.

Haz que mi fe en Tí
Crezca siempre;
Que espere siempre en Tí,
Y que te ame.

Un ser vivo, no un fantasma. Al ver a Cristo resucitado por primera vez, los Apóstoles creyeron ver un fantasma. Se asustaron. El Señor les pidió de comer para dejar claro en su mente que Él no era un fantasma, que era un ser vivo, el mismo Cristo con un Cuerpo ya glorioso. Santo Tomás vió y metió sus dedos en las llagas del Cuerpo glorioso de Cristo, y confesó su fe:

-“Señor mío, y Dios mío”.

Nuestros ojos, nuestro espíritu, no ven, ni reciben, la luz de santo Tomás. Sabemos, sin embargo, que la realidad que “late” en la Eucaristía es verdaderamente el mismo Cristo que nos invita a la Fe, como invitó a Tomás a creer, en el cenáculo.

“¡Ayúdame, Señor, a creer!”

Es la exclamación del cristiano ante el Sagrario. Adorando la Eucaristía confesamos nuestra fe en Cristo Nuestro Señor ante Dios y ante los hombres.

“El justo vive de la Fe”.

Es la fe en la Eucaristía la luz más clara que brilla siempre, aun en la oscuridad que acompaña tantos días los pasos del hombre sobre la tierra. Y no solo fe en la

presencia real sacramental de Cristo. No. Fe en que en la Eucaristía vive el mismo Cristo vivo que contempló el buen ladrón, que contempló santo Tomás.

La fe en la Eucaristía agranda los ojos del entendimiento, para que en el ocultamiento del Dios-Hombre, el hombre vea a Dios hecho hombre. Y así, con esa Fe, viviremos el mejor acto de fe que en el Calvario vivió el buen ladrón: solo osa pedir el reino quien ya ha visto a Cristo Resucitado.

¿Cómo es posible la fe del buen ladrón?

Por su arrepentimiento. La confesión de los pecados, la conciencia de ser pecador, mata en el alma la raíz del pecado, el mal del pecado. En la confesión, el pecador muere con Cristo en la Cruz, y deja libre su espíritu para resucitar. El pedir perdón por los propios pecados es el fruto de la Resurrección de Cristo en el alma del hombre pecador.

El Señor pidió de comer a sus apóstoles asustados. En la Eucaristía, es él mismo el que nos da de comer. Él se hace comida. “En verdad os digo, si no coméis la carne del Hijo del hombre, y no bebéis su sangre, no tenéis vida en vosotros” (Juan 6, 53).

Las palabras son explícitas. Comemos, si amamos. El amor, la caridad, llena nuestra alma de hambre del Señor. Descubrimos que Él es la Palabra de vida eterna, que Él es alimento de vida eterna.

Te diligere. Pedimos que nos enseñe a amarle, y que ponga siempre en nuestro corazón el desear de amarle más, pidiendo ese perdón por los pecados, para que nuestro espíritu se abra a amar más.

En la Eucaristía aprendemos y nos alimentamos de las mismas fuentes del amor de Dios. Y aprendemos a amar en el mismo acto de amor más profundo que Dios tiene con los hombres: entregarnos en plenitud a su Hijo Bien Amado.

* * * * *

Cuestionario.-

-¿Tengo todavía vergüenza, o el falso pudor, de decirle sencillamente que le amo?

-El buen ladrón manifestó claramente su fe en Cristo, ¿siento alguna vez respetos humanos para decir que soy creyente en Jesucristo, Dios y hombre verdadero?

-¿Leo los Santos Evangelios para conocer mejor la vida de Cristo, y poder decirle, en toda confianza, “Quédate con nosotros, Señor”?

3. EL PAPA VISITARÁ SANTIAGO Y BARCELONA EL 6 Y 7 DE NOVIEMBRE DE 2010

El Año Xacobeo y la consagración de la Sagrada Familia de Gaudí son los motivos de la visita papal que coincidirá con las elecciones catalanas a la Generalitat

Este otoño el Papa Benedicto XVI viajará a España. Será concretamente el 6 y el 7 de noviembre en las ciudades de Santiago de Compostela, primero, y Barcelona, después. La visita a la primera ciudad tendrá que ver con el Año Santo Compostelano (Año Xacobeo 2010) y la segunda parada del Santo Padre en la Ciudad Condal significará la consagración del templo de la Sagrada Familia del arquitecto Antoni Gaudí.

Este viaje constituirá el segundo del cardenal Ratzinger a España después de haber sido elegido Papa. El primero fue en el contexto de la clausura del V Encuentro Mundial de las Familias que tuvo lugar en Valencia los días 8 y 9 de julio del año 2006.

El cardenal arzobispo de Barcelona, Lluís Martínez Sistach, ha afirmado en rueda de prensa que se trata de una visita “que tiene una dimensión mundial” por tratarse, en primer lugar, “de la visita del Santo Padre que siempre tiene este eco”, y en segundo lugar, “por venir a consagrar el Templo de la Sagrada Familia que es un monumento religioso patrimonio de la humanidad, obra del arquitecto Antonio Gaudí que tiene la causa de beatificación introducida en Roma”.

Sistach ha enfatizado que la visita papal “pone de relieve también el cariño que el Santo Padre tiene a nuestra archidiócesis y ciudad de Barcelona, a Cataluña y a toda España”.

“Debemos manifestar nuestro agradecimiento con nuestro afecto al Santo Padre, con nuestra oración constante por su ministerio de sucesor del apóstol Pedro al servicio de toda la Iglesia y con nuestra acogida filial, devota y entusiasta cuando venga a nuestra ciudad de Barcelona y esté entre nosotros”, ha concluido el prelado.

La fecha de la visita del obispo de Roma a España (6 y 7 de noviembre) coincide con la que difundió el portal de noticias Catalunya Religió. Por lo tanto, la visita tendrá lugar en plena campaña de las elecciones catalanas a la Generalitat de Cataluña sino se adelantan a junio por el desgaste del gobierno actual.

Las visitas pastorales precedentes

El antecesor de Benedicto XVI, el Papa Juan Pablo II visitó España en cinco ocasiones (noviembre de 1982, octubre de 1984, agosto de 1989, junio de 1993 y mayo de 2003. Barcelona y Santiago de Compostela fueron algunas de las ciudades que, entonces, formaron parte de algunas de aquellas visitas de Juan Pablo II.

El 7 de noviembre de 1982 el Papa Wojtyla visitó Barcelona, y a Santiago de Compostela fue en dos ocasiones: el 9 de noviembre de 1982 y los días 19 y 20 de agosto de 1989. La razón de su segunda visita a Santiago fue presidir la IV Jornada Mundial de la Juventud en Santiago de Compostela. Precisamente otro Papa, ahora Benedicto XVI, regresará a España para una nueva Jornada Mundial de la Juventud: la de Madrid del 16 al 21 de agosto de 2011 (JMJ Madrid 2011).

4. TEMA DE REFLEXIÓN DE MAYO

Pan que al mundo da la verdadera vida

Oh memorial
De tu muerte, Señor.
Pan que al mundo da
La vida verdadera.

Que de Ti mi mente
viva.
Y en Ti siempre mi alma
se recree.

Cristo vive en el Sagrario mientras permanezcan las especies eucarísticas. Y quiere que haya un Sagrario hasta en los últimos rincones del mundo. Ningún lugar es demasiado pobre y miserable para que Dios no pueda estar allí, como ninguno es noble y digno para presentar el derecho a que Dios busque acogida en él.

Memorial de la muerte y de la resurrección. Memorial de la muerte en la que Dios manifiesta, en su Hijo, todo el amor que tiene al hombre. Memorial del sacrificio del Calvario que se convierte en alimento eterno para que todos los caminantes hacia Emaus tengan la fuerza de regresar inmediatamente a Jerusalén.

“La Eucaristía es una realidad central en la vida de la Iglesia, así como en la totalidad del Universo, en la medida que es la Presencia del Sacrificio de Cristo en medio de nosotros” (J. Danielou).

“El que come mi carne y bebe mi sangre está en mí y yo en él. Igual que el Padre que me envió vive y yo vivo por el Padre, así, aquel que me come vivirá por mí. Este es el pan que ha bajado del cielo, no como el que comieron los padres y murieron: quien come este pan vivirá eternamente” (Juan 6, 57-58).

Vive eternamente la mente que busca a Cristo Verdad. La luz de la Eucaristía mantiene vivos y abiertos los rayos de luz que iluminan los caminos de la tierra; y el Señor va abriendo los ojos de los caminantes como un día abrió los ojos de los discípulos de Emaus. La Eucaristía es el libro abierto que siempre habla de Cristo, de su Sacrificio redentor; el libro que abre la inteligencia para descubrir el Amor de Dios escondido en todos los senderos del mundo.

“Quien come este pan vivirá eternamente”, quien lo come libre de pecado, arrepentido de sus pecados, absuelto de sus pecados. “Quien come este pan” caminará siempre con Cristo caminos de resurrección. Y Cristo animará al abrumado por el dolor y la pena; consolará al triste y afligido; enderezará a quien pierda el camino; levantará al caído; abrirá los ojos a los cielos, dará fortaleza a todos los débiles del mundo.

El Señor pidió de comer a los Apóstoles para expresarle que no era un fantasma. El Señor se hace Eucaristía, se da de comida a todos nosotros, para

confirmarnos que sus palabras son “palabras de vida eterna”; para asegurarnos que Él estará con nosotros hasta el fin del mundo.

De este “memorial” vive la mente, y se recrea el alma. ¿Cómo se recrea?

Cristo resucitado es ya Vida eterna. Viviendo con Cristo Eucaristía, el cristiano comienza a vislumbrar el amor con que Dios Padre, Hijo y Espíritu Santo le aman. Y en ese amor, se recrea. “La felicidad eterna, para el cristiano que se conforta con el definitivo maná de la Eucaristía, comienza ya ahora. Lo viejo ha pasado: dejemos aparte todo lo caduco; sea todo nuevo para nosotros: los corazones, las palabras y las obras” (san Josemaría Escrivá).

Ante al amor de Dios manifestado en Cristo Eucaristía, el cristiano descubre que el Sagrario es como un rincón del Cielo ya en la tierra. Con el Sagrario, la tierra se convierte en Cielo, en memoria del Cielo, en memorial de la “nueva tierra y del nuevo cielo”.

* * * * *

Cuestionario.-

-¿Actúo con más caridad, con más amor al prójimo, después de vivir mi turno de adorador?

-¿Agradezco de todo corazón que pueda encontrarlo siempre, y en cualquier lugar de la tierra, en un Sagrario?

-Al despedirme del Sagrario, ¿ruego al Señor que me siga acompañando en todos los quehaceres que debo realizar?

5. EL SACERDOTE Y EL CANON DE LA SANTA MISA O PLEGARIA EUCHARÍSTICA

El corazón y culmen de la Santa Misa

La Plegaria Eucarística, conocida en la tradición oriental como *Anaphora* (“ofrenda”), es verdaderamente el “corazón” y el “culmen” de la celebración de la Santa Misa, como explica el Catecismo de la Iglesia Católica [1]. En la tradición romana, la Plegaria Eucarística tomó el nombre de *Canon Missae* (“Canon de la Misa”), expresión que se encuentra en los primeros Sacramentarios y que se remonta al menos al papa Vigilio (537-555), el cual habla de la *prex canonica* [2].

La Anáfora o Canon es una larga oración que tiene forma de acción de gracias (*eucharistia*), conformada al ejemplo de Cristo mismo durante la Última Cena, cuando Jesús tomó el pan y el Cáliz y “dio gracias” (Mt 26,27; Mc 14,23; Lc 22,19; 1Cor 11,23). San Cipriano de Cartago (muerto en 258), uno de los testigos más importantes de la tradición latina, proporcionó una formulación clásica del vínculo inseparable entre la celebración litúrgica y el acontecimiento de la institución de la Eucaristía en el Cenáculo, cuando enfatizó que el celebrante debe imitar de cerca los actos y las

palabras que el Señor usó en aquella ocasión, y de los cuales depende la validez de los sacramentos [3].

El Santo Padre Benedicto XVI expresó esta verdad esencial de la fe en una homilía pronunciada en París, durante su Visita Apostólica de 2008:

“El pan que partimos es comunión con el Cuerpo de Cristo; el cáliz de acción de gracias que bendecimos es comunión con la Sangre de Cristo. Extraordinaria revelación que proviene de Cristo y que se nos ha transmitido por los Apóstoles y toda la Iglesia desde hace casi dos mil años: Cristo instituyó el sacramento de la Eucaristía en la noche del Jueves Santo. Quiso que su sacrificio fuera renovado de forma incruenta cada vez que un sacerdote repite las palabras de la consagración del pan y del vino. Desde hace veinte siglos, millones de veces, tanto en la capilla más humilde como en las más grandiosas basílicas y catedrales, el Señor resucitado se ha entregado a su pueblo, llegando a ser, según la famosa expresión de San Agustín, "más íntimo en nosotros que nuestra propia intimidad" (cf. *Confesiones*, III, 6.11)" [4].

Las palabras concretas del “agradecimiento” de Cristo – excepto las de la institución, con las cuales el Señor estableció el Sacrificio de la Nueva Alianza – no nos han sido transmitidas y por ello dentro de la Tradición Apostólica se ha desarrollado una variedad de ritos que están históricamente asociados con las sedes primadas más importantes, que se nombran en el sexto canon del Concilio de Nicea (325): Roma, Alejandría, Antioquía y, un poco más tarde, Bizancio [5].

Elementos esenciales de la Plegaria Eucarística

Los elementos esenciales de la Plegaria Eucarística se presentan sintéticamente en el Catecismo:

- En el Prefacio, “la Iglesia da gracias al Padre, por medio de Cristo, en el Espíritu Santo, por todas sus obras, por la creación, la redención y la santificación. De este modo toda la comunidad se une a la alabanza incesante que la Iglesia celeste, los ángeles y todos los santos cantan al Dios tres veces Santo” [6].

- En la Epiclesis, la Iglesia “ora al Padre para que envíe su Espíritu Santo (o el poder de su bendición) sobre el pan y el vino, para que se conviertan, por su poder, en el Cuerpo y la Sangre de Jesucristo y para que aquellos que participan en la Eucaristía sean un solo cuerpo y un solo espíritu (algunas tradiciones litúrgicas sitúan la epiclesis tras la anámnesis)” [7].

- En el corazón de la Plegaria Eucarística, es decir, en el relato de la institución, “la eficacia de las palabras y de la acción de Cristo, y el poder del Espíritu Santo, hacen sacramentalmente presentes bajo las especies del pan y del vino su Cuerpo y su Sangre, su sacrificio ofrecido ofrecido en la cruz de una vez por todas” [8].

- Al relato institucional sigue la anámnesis, en la que “la Iglesia hace memoria de la Pasión, de la Resurrección y de la Vuelta gloriosa de Jesucristo; ésta presenta al Padre la ofrenda de su Hijo que nos reconcilia con él” [9].

- En las intercesiones, se “manifiesta que la Eucaristía se celebra en comunión con toda la Iglesia del cielo y de la tierra, de los vivos y de los difuntos, y en la comunión

con los pastores de la Iglesia, el Papa, el obispo de la diócesis, su presbiterio y sus diáconos, y todos los obispos del mundo con sus Iglesias” [10].

Desde la antigüedad tardía hasta la reforma litúrgica efectuada tras el Concilio Vaticano II, el *Canon Missae* era la única Plegaria Eucarística del Rito Romano, y es aún así para la forma extraordinaria de este rito, celebrada de acuerdo con el *Missale Romanum* de 1962. En la *editio typica* del Misal, publicada en 1970, el Canon Romano se ha conservado con algunas modificaciones secundarias (y con la reducción de los gestos ceremoniales) como la primera de cuatro Plegarias Eucarísticas. Las nuevas Plegarias Eucarísticas contienen elementos tanto de la tradición latina como de las orientales. Sucesivamente se han añadido al Misal aún otras Plegarias Eucarísticas.

El *Canon Missae* se remonta a la segunda mitad del siglo IV, periodo en el que la liturgia latina romana comenzó a desarrollarse plenamente. En su *De Sacramentis*, que consiste en una serie de catequesis dirigidas a los nuevos bautizados en torno al año 390, san Ambrosio cita de forma extendida pasajes de la Plegaria Eucarística utilizada en ese tiempo en su ciudad [11]. Los pasajes citados representan las primeras formulaciones de las oraciones *Quam oblationem*, *Qui pridie*, *Unde et memores*, *Supra quae*, y *Supplices te rogamus* del Canon que se encuentra en los primeros Sacramentarios romanos.

En la más antigua tradición romana, el Canon inicia con lo que nosotros llamamos Prefacio, un acto solemne de agradecimiento a Dios por sus innumerables beneficios, especialmente por su obra de salvación. El *Sanctus* fue introducido en un momento sucesivo, separando así el Prefacio de las plegarias que siguen. Es una característica propia del Rito Romano que el texto del Prefacio varíe de acuerdo con el tiempo litúrgico o en la fiesta celebrada. Las colecciones más antiguas de Misas recogían diversos Prefacios, que se habían reducido mucho ya al principio de la Edad Media, de modo que el *Missale Romanum* de 1570 mantenía sólo once. Sucesivamente se añadieron otros, y ciertamente representa una de las ganancias del trabajo más reciente de reforma litúrgica el haber enriquecido el *corpus* de los Prefacios eligiéndolos de las fuentes antiguas [12].

La plegaria sacerdotal

Como escribió Juan Pablo II en su Carta Apostólica *Dominicae Cena* en los primeros años de su pontificado, la Eucaristía es “la principal y central razón de ser del sacramento del sacerdocio, nacido efectivamente en el momento de la institución de la Eucaristía y junto con ella” [13]. La Plegaria Eucarística es verdaderamente la plegaria sacerdotal por excelencia porque, como enseña el Concilio Vaticano II, el sacerdote ordenado “realiza el sacrificio eucarístico en el papel de Cristo y lo ofrece a Dios en nombre de todo el pueblo” [14]. El sacerdote, que recibiendo el sacramento del Orden ha sido conformado a Cristo Sumo Sacerdote, actúa y habla representando a Cristo Cabeza. Es por esta razón – escribe Juan Pablo II en su última Encíclica *Ecclesia de Eucharistia* – que “en el *Misal Romano* está prescrito que sea únicamente el sacerdote en recitar la Plegaria Eucarística, mientras el pueblo se asocia a él con fe y en silencio” [15].

En la consagración de la Eucaristía, el sacerdote ordenado no actúa nunca por sí solo, sino siempre en y con el Cuerpo Místico de Cristo, la Iglesia, cuyos miembros, a través de las virtudes infundidas de la fe y de la caridad, participan en la acción de Cristo Cabeza, representados por el sacerdote ministro. El Papa Pío XII, en su Encíclica

Mediator Dei, afirma que también los fieles “ofrecen la Víctima divina, si bien en un sentido diverso” respecto a como la ofrece el sacerdote ministro. Esta enseñanza está confirmada por referencias a los escritos sobre la Misa del papa Inocencio III y de san Roberto Bellarmino. Pío XII llama la atención también sobre el hecho de que las plegarias litúrgicas de ofrenda están a menudo en primera persona del plural, como sucede también en diversas partes del Canon de la Misa [16]. El Concilio Vaticano II, en la Constitución sobre la Sagrada Liturgia, sigue la *Mediator Dei* cuando proclama que los fieles, al participar en el Misterio de la Fe, o sea, en la Santa Eucaristía, “den gracias a Dios, ofreciendo la Víctima inmaculada no sólo por las manos del sacerdote, sino junto con él, y aprendan a ofrecerse a sí mismos” [17]. Como enseña también la Constitución Dogmática conciliar sobre la Iglesia, los fieles, en virtud de su sacerdocio real, participan en la ofrenda de la Eucaristía” [18]. A través del carácter indeleble que recibieron en el Bautismo, los fieles participan en el sacerdocio de Cristo y por tanto también en la ofrenda sacrificial que Él hace de sí mismo al Padre en el Espíritu Santo.

Esta enseñanza del Magistero de la Iglesia ofrece también el fundamento para una renovada y más profunda comprensión de la *participatio actiosa* (participación activa) de los fieles en la liturgia, participación que no solo es exterior, sino que también y sobre todo es interior. Desde esta perspectiva se entiende también mejor porqué desde la época carolingia hasta la reforma del Vaticano II, y también hoy en la forma extraordinaria del Rito Romano, el sacerdote celebrante reza el Canon en silencio. Como explicó el entonces cardenal Joseph Ratzinger, haciendo así no se niega la comunión ante Dios:

“No es cierto en absoluto que la recitación en voz alta, ininterrumpida, de la Plegaria Eucarística sea la condición para la participación de todos en este acto central de la Celebración eucarística. Mi propuesta de entonces era: por una parte, la educación litúrgica debe hacer que los fieles conozcan el significado esencial y la dirección fundamental del canon; por la otra, las primeras partes de cada oración deberían ser pronunciadas como una invitación a toda la comunidad para que, después, la oración silenciosa de cada uno haga propia la entonación y pueda llevar la dimensión personal a la comunitaria, y la comunitaria a la dimensión personal. Quien ha vivido personalmente la unidad de la Iglesia en el silencio de la Plegaria Eucarística ha experimentado qué es el silencio verdaderamente pleno, que representa a la vez un grito fuerte y penetrante dirigido a Dios, una oración rebosante de espíritu. Aquí nosotros rezamos verdaderamente juntos el Canon, como también en la unión con el cargo particular del servicio sacerdotal” [19].

Para los sacerdotes, la Celebración de la Eucaristía es el momento más importante de la jornada. Todas las demás actividades, cualquier otro aspecto de su existencia sacerdotal, debe estar íntimamente conectado con la ofrenda del Santo Sacrificio. Aquí encontramos el corazón del sacerdocio, es más, de toda la naturaleza sacramental de la Iglesia, como dijo bien el entonces teólogo Joseph Ratzinger:

“Para que el acontecimiento sucedido en un tiempo pasado se haga presente, deben por tanto ser pronunciadas las palabras: Esto es mi Cuerpo – Esto es mi Sangre. Pero en estas palabras se supone que habla el Yo de Jesucristo. Solo Él puede decir estas cosas; son Sus palabras. Ningún hombre puede pretender declarar el Yo de Jesucristo como propio. Ninguno puede decir aquí de forma apropiada 'Yo' y 'Mio'. Y sin embargo, esto debe decirse, si el ministerio salvífico ya no es un pasado lejano. Por eso se puede decir a partir de un *munus* [*Vollmacht*] que nadie puede darse a sí mismo. Un *munus* que ni siquiera la comunidad o muchas comunidades pueden transmitir, sino que solo puede fundarse en la autorización 'sacramental' dada a toda la

Iglesia por el mismo Jesús. [...] Y esto es exactamente la 'Ordenación sacerdotal' y el 'Sacerdocio'" [\[20\]](#).

Notas

[1] Catecismo de la Iglesia Católica [=CCC], n. 1352.

[2] Papa Vigilio, *Ep. ad Profuturum*, 5: PL 69,18

[3] Cipriano de Cartago, *Ep. 63,16-17*: CSEL 3,714-715.

[4] Benedicto XVI, Homilía durante la Celebración Eucarística en la Explanada de los Inválidos, París (13 de septiembre de 2008).

[5] Cf. Joseph Ratzinger, *Introducción al espíritu de la liturgia*, San Pablo, Cinisello Balsamo 2001, pp. 155-166.

[6] CCC, n. 1352.

[7] CCC, n. 1353

[8] *Ibid.*

[9] CCC, n. 1354.

[10] *Ibid.*

[11] Ambrosio de Milán, *De Sacramentis*, IV, 5,21-22; 6,26-27: CSEL 73,55 e 57.

[12] En su Carta a los Obispos de todo el mundo para presentar el *Motu Proprio* sobre el uso de la liturgia romana anterior a la reforma de 1970 (7 de julio de 2007), el Papa Benedicto XVI indica que el Misal antiguo podría ser enriquecido con la inserción de "nuevos santos y algunos de los nuevos prefacios".

[13] Juan Pablo II, Carta Apostólica *Dominicae Cena*e (24 de febrero de 1980), n. 2.

[14] Concilio Vaticano II, Constitución Dogmática sobre la Iglesia *Lumen Gentium*, n. 10.

[15] Juan Pablo II, Carta Encíclica *Ecclesia de Eucharistia* (17 de abril de 2003), n. 28.

[16] Pío XII, Carta Encíclica *Mediator Dei* (20 de noviembre de 1947), nn. 85-87.

[17] Concilio Vaticano II, Constitución sobre Sagrada Liturgia *Sacrosanctum Concilium*, n. 48.

[18] Concilio Vaticano II, *Lumen Gentium*, n. 10.

[19] J. Ratzinger, *Introducción al espíritu de la liturgia*, p. 211.

[20] J. Ratzinger, *Das Fest des Glaubens. Versuche zur Theologie des Gottesdienstes*, Johannes, Einsiedeln 1993 (III ed.), pp. 84-85 (= J. Ratzinger, *Theologie der Liturgie. Die sakramentale Begründung christlicher Existenz, Gesammelte Schriften* 11, Friburgo, Herder 2008, p. 626).

6. TEMA DE REFLEXIÓN DE JUNIO

Límpiame de toda mancha con tu Sangre

Señor Jesús,
amante Pelicano.
De toda mancha límpiame
con tu Sangre.

De la que una sola gota
al mundo salva,
de todas sus miserias
y pecados.

La adoración eucarística –enriquecidas en la fe, la esperanza y la caridad-, mueve nuestro espíritu a pedir perdón al Señor por nuestros pecados.

En el Sagrario, el Señor está expuesto a todas y a cualquier ofensa que la maldad del hombre pueda concebir. Si se recogieran en un libro una pequeñísima parte de los actos vandálicos, injurias, ofensas, profanaciones, etc., que el hombre ha perpetrado directamente con la Eucaristía, nos llenaríamos de asombro al comprobar hasta que punto el hombre puede rebelarse contra Dios, puede desahogar toda su ira contra su Creador.

Desde el Sagrario, el Señor lo ha soportado todo, como en su día soportó todas las injurias, blasfemias, maltratos, que quisieron infligirle en los momentos de su Pasión, todos los que le vieron maltrecho y destrozado, ya en trance de muerte. Y lo ha sufrido en paciencia, en silencio, perdonando y rogando a su Padre Dios que les perdonase, “porque no sabían lo que hacían”.

Contemplar a Cristo Vivo, verle Resucitado y cercano a nosotros en silencio, mudo, en espera, provoca en nuestro espíritu una petición que sale de lo hondo del corazón: “límpiame de toda mancha”.

Amando a Cristo en la Eucaristía descubrimos en nosotros raíces de pecado, nuestros pecados; descubrimos el mal que nos hace ese pecado; y la fuerza con la que nos induce a hacer mal a los demás. Con la luz de la Eucaristía, aborrecemos del pecado, y anhelamos cortar los vínculos con esas raíces del mal. La adoración a la Eucaristía mueve nuestra alma a acudir al Sacramento de la Reconciliación.

“Contra Ti; contra ti sólo pequé”. Ante el Sagrario, adorando y amando a Cristo Resucitado, el alma del cristiano se hace más consciente de la gran falta de amor a

Dios que hay en el mundo, “falta de amor” que será siempre el gran pecado del hombre

Delante del Tabernáculo el cristiano vislumbra el Amor tan grande que tiene a Cristo sujeto sobre el altar en espera de alguien que le de un poco de conversación, y anhele mantener un diálogo confiado.

Se mantiene allí, a la luz de una tenue vela, en espera de recibir las quejas de un creyente que siente demasiada pesada la cruz que le ha tocado llevar; las alegrías de quien llega a agradecer la soluciones de unos problemas, la buena marcha de algunas cuestiones complicadas que le producían quebrantos.

Permanece en silencio en espera de que quien llega acongojado por la muerte de algún ser querido comience su llanto, y Él, desde el Sagrario, pueda acoger esas lágrimas y devolverlas llenando el corazón afligido con paz y serenidad.

Las peticiones, quejas, cantos, susurros ante la Eucaristía, en la quizá demasiada cerrada penumbra de una iglesia, llegan al corazón de Cristo, que se conmueve ante la Fe, ante la Esperanza, ante la Caridad, con que un alma sufriente acude a Él. Y al escucharle, le repite:

“Yo soy el pan de vida; el que viene a mí, ya no tendrá más hambre, y el que cree en mí, jamás tendrá sed” (Juan 6, 35).

* * * * *

Cuestionario.-

-En mi tiempo de adoración, ¿hago actos de amor a la Eucaristía en desagravio por quienes la profana, por quienes blasfeman?

-¿Rezo a Cristo Sacramentado por la conversión de tantos pecadores?

-¿Pido al Señor, y especialmente en este Año Sacerdotal, que todos los sacerdotes renueven su fe en Cristo Eucaristía?

7. “EL SACERDOCIO ES UN DON, NO UN DERECHO”; ACLARA UN REPRESENTANTE DEL VATICANO

En el corazón del año sacerdotal, el arzobispo Mauro Piacenza ha enviado a los sacerdotes del mundo un mensaje para reflexionar sobre la oración consagratória que el obispo pronunció sobre ellos un día durante la ordenación sacerdotal.

Guiado por esa oración, monseñor Piacenza muestra cómo "el sacerdocio es esencialmente un don" de Dios, aclara, y por tanto posee "una dignidad que todos, fieles laicos y clero, deben reconocer".

"Se trata de una dignidad que no proviene de los hombres, sino que es puro don de la gracia, al cual uno ha sido llamado y que nadie puede exigir como un derecho", aclara el prelado.

"La dignidad del presbiterado, donada por el Padre Todopoderoso, debe aparecer en la vida de los sacerdotes, en su santidad, en su humanidad dispuesta a acoger, en su humildad y caridad pastoral, en la luminosidad a la fidelidad al Evangelio y a la doctrina de la Iglesia, en la sobriedad y solemnidad de las celebraciones de los divinos misterios, en el hábito eclesiástico".

"En el Sacerdote todo debe recordar --a él mismo y al mundo-- que ha sido objeto de un don sin merecerlo y que no se puede merecer, que lo convierte en presencia eficaz del Absoluto en el mundo para la salvación de los hombres".

"El sacerdote, revestido del Espíritu del Padre todopoderoso, ha sido llamado a 'guiar', con la enseñanza y la celebración de los sacramentos y, sobre todo, con la propia vida, el camino de santificación del pueblo que le ha sido encomendado, con la certeza que es éste el único fin por el cual el mismo presbiterado existe, el Paraíso".

El mensaje de monseñor Piacenza puede leerse en <http://www.annussacerdotalis.org>

8. SIETE AVEMARÍAS A LOS SIETE DOLORES DE MARÍA

María ha prometido gracias especiales a quienes la honren de esta manera diariamente. Incluida entre estas promesas de Nuestra Señora para aquellos que practican esta devoción, está su compromiso de otorgar especial asistencia a la hora de la muerte, incluso de ver su faz. Los siete dolores son:

Primer dolor: La profecía de Simeón

Segundo dolor: La huida a Egipto

Tercer dolor: La pérdida del niño Dios en el Templo

Cuarto dolor: Jesús y María se encuentran en el camino a la Cruz

Quinto dolor: Jesús muere en la Cruz

Sexto dolor: Jesús es bajado de la Cruz y puesto en los brazos de María

Séptimo dolor: Jesús es enterrado